

MILITARES Y PAISANOS

EDUARDO HARO TECLEN

UN somero balance político de Bolivia arroja una media de 1,25 revoluciones al año, y una media de 1,40 cambios de Gobierno al año, desde su independencia en 1825. Es un país donde un dicho popular es éste: "Lo que desean las Fuerzas Armadas del país, el país lo desea"; donde alguien comentaba una vez a un escritor que visitaba el Altiplano (John Gunther): "Aquí pueden pasar tres meses sin que vea usted una sola sonrisa". La historia de miseria y sangre de Bolivia conoce ahora un nuevo sobresalto, aún sin saldo definitivo: la insurrección del general Pereda, ganador fraudulento de las elecciones del 9 de julio. El suceso está inscrito en la gran maniobra continental dirigida desde los Estados Unidos, y tiene alguna relación con el de la República Dominicana: puede recordarse que las elecciones dominicanas aseguraron el triunfo de lo que con buena voluntad podría llamarse la izquierda sostenida por Estados Unidos, las Fuerzas Armadas rechazaron el resultado y secuestraron las urnas, y finalmente fueron obligadas a devolverlas y admitir el resultado electoral por la presión de Washington.

En Bolivia, por ahora, el resultado parece distinto, aunque el incidente no ha terminado. Para Bolivia se había decidido que terminase el poder del general Banzer —poder rudo y autocrático—; la Junta Militar designó candidato al general Juan Pereda, y la oposición unida al viejo demócrata Hernán Siles Zuazo. Siles hubiera ganado las elecciones, pero éstas fueron escandalosamente trucadas, falseadas. Ganó Pereda. El resultado fue no solamente denunciado por la oposición —Siles Zuazo comenzó una huelga de hambre: ha hecho ya varias en su vida—, sino por los observadores de la Organización de Estados Americanos. Washington presionó suficientemente sobre Banzer para que éste, de acuerdo con la Corte Nacional Electoral, anulase los resultados y anunciase nuevas elecciones para dentro de seis meses, renunciando él mismo a la Presidencia que dejaba en manos de

una Junta Militar; pero el general Pereda se alzó, denunciando a su vez a Banzer, y sin muchos escrúpulos en su denuncia dijo que Banzer intentaba violar la democracia y presentarse él mismo a las próximas elecciones; la Junta Militar provisional le ha entregado el poder mientras, según informes confusos, el pueblo se arma y trata de resistir, informes que podrían ser una añagaza para proceder a detenciones y matanzas; ya piden los alzados que Siles sea expulsado del país.

Siles fue ya una baza de Estados Unidos tras la revolución de 1952 que dio el poder al MNR o Movimiento Nacional Revolucionario, curiosa mezcla de elementos peronistas, pronazis, demócratas, comunistas, fascistas, antisemitas, trotskistas y otros elementos (según Robert J. Alenader en "The Bolivian Revolution"); pero dirigidos por tres jefes históricos como fueron Paz Estensoro, Juan Lechín y Siles Zuazo, en los que finalmente los Estados Unidos encontraron una cierta garantía anticomunista que necesitaban en un momento en el que el balance de su política continental se inclinaba —como

ahora— hacia regímenes democráticos dirigidos o controlados. Hubo una conversación histórica entre el representado de Kennedy, Schlesinger, y el Presidente Paz Estensoro: explicaba éste que no podía oponerse abiertamente al comunismo "sin parecer que entramos en discordia con nuestros programas de justicia social"; el consejero de Kennedy le preguntó por su opinión sobre Castro, y Paz Estensoro contestó: "Debe ser eliminado". El examen concluyó favorablemente y Estados Unidos apoyaron al MNR. El hombre más próximo a Paz Estensoro fue Hernán Siles Zuazo: hay quien sostiene que fue el verdadero motor del MNR, y que tenía en el país una influencia política superior a cualquier otro civil, heredada de una red de amigos creada por su padre, que había sido Presidente de la República. Y se ha supuesto también que el papel de Siles Zuazo fue el de frenar con un cierto conservadurismo las reformas políticas de Paz y el revolucionarismo del dirigente minero Lechín. La realidad es que Paz Estensoro consiguió durante su presidencia, de 1952 a 1956, una considerable modifica-

ción en el reparto de la riqueza en Bolivia, mediante una reforma agraria que acabó en parte con el feudalismo y la lucha contra los barones del estaño; se le debieron un respeto al sufragio universal, unas nacionalizaciones, una vitalización de los sindicatos mineros e incluso la creación de una milicia popular que hubiera sido un equilibrio contra el poder militar; y la realidad es, también, que cuando le sucedió en la Presidencia Hernán Siles Zuazo, de 1956 a 1960, algo pareció frenarse el impulso reformador. Constitucionalmente la presidencia de Siles terminó a los cuatro años; entonces volvió a ocuparla Paz, que había sido embajador en Londres durante ese período. El acuerdo entre los dos políticos suponía que en 1964 Siles volviese a ser Presidente de la República, realizando así un turno que se hubiera prolongado hasta el infinito. Pero Paz Estensoro rompió el pacto, arregló la Constitución de forma que un Presidente pudiera sucederse a sí mismo, y ganó personalmente las elecciones de 1964. Quiso pagar tributo a las Fuerzas Armadas nombrando vicepresidente al general Barrientos y éste, pocos meses después de la reelección de Paz Estensoro, provocó un golpe de Estado que le dio el poder con una coalición que con el nombre de Frente Revolucionario Boliviano reunió a varios partidos de la derecha (aunque el nombre de derecha ha estado siempre cuidadosamente proscribido del vocabulario político boliviano). No olvidemos la cronología correlativa: en noviembre de 1963, Kennedy fue asesinado; en noviembre de 1964, Johnson ganaba las elecciones de Presidente de los Estados Unidos, y todo el balance de Estados Unidos se había inclinado ya hacia el sistema de regímenes satélites dictatoriales; pocos días después de la elección, cuando ya Johnson estaba desprovisto de la ambigua careta que le había permitido ganar las elecciones frente al candidato de la extrema derecha, Barrientos dio el golpe de Estado en Bolivia. Vino después la lista de los generales dictadores hasta llegar a Hugo Banzer.



El general de las Fuerzas Aéreas Juan Pereda, nuevo hombre fuerte de Bolivia.



Tanques en La Paz, tras el derrocamiento de Banzer: la Historia de Bolivia arroja una media de 1,25 revoluciones al año desde su independencia.

Siles Zuazo hubiera sido sin duda el candidato de los Estados Unidos. Hubiera realizado una política que corresponde actualmente al balance de Washington: una nueva reforma de estructuras para contener la revolución y el revolucionismo, un regreso al sufragio universal, a los partidos políticos y algunas libertades individuales. Lo cual, indudablemente, supondría un alivio para el pueblo boliviano, aun dentro de la falsedad de la situación.

Pero, como en la República Dominicana, los que tienen que perder no se resignan. Son muchos años de dominio absoluto y de reparto económico. Podría continuar con esta fórmula el desequilibrio en favor de la misma clase social, pero sin duda esta clase social, como sucede en otros países —y puede verse el ejemplo de España, que no está muy lejos de esta fórmula de reformismo general que parte de Estados Unidos—, no tiene mucha confianza en el desarrollo de los acontecimientos, y prefiere el uso de la fuerza al del juego político: es, indudablemente, el terreno en que se considera con más posibilidades. Por eso se trucaron las elecciones, con la esperanza de poder decir que lo que el pueblo boliviano quie-

re es la dictadura militar; como esto estaba lejos de ser la realidad, el truco ha tenido que ser demasiado ostensible. Y muy lejano a la voluntad de Washington. Por eso han tenido que secundarlo con una revolución más, con un asalto al poder más en la historia de Bolivia.

¿Va a prevalecer? En buena lógica, no. En buena lógica toda esta gran maniobra dirigida desde Washington tiene un solo sentido, y Washington se caracteriza por su tozudez. Y por su fuerza en cada país.

• • •

Simultáneamente, se produce el caso del Ecuador. Ha sucedido lo imprevisto, que es el triunfo —escaso, desde luego, pero significativo— del candidato presidencial opuesto a los militares. No había elecciones en Ecuador desde hace diez años, desde que las ganó el populista Velasco Ibarra, que se convirtió poco después en dictador —suspendió la Constitución—, en marioneta de los militares. En 1972 debían haberse celebrado elecciones: se presentó el izquierdista Assad Bucaram, y, como su triunfo era seguro, los militares las suspendieron y comenzaron su dictadura sin máscara.

Cuando ha llegado la necesidad continental de sustituir el Gobierno militar por un Gobierno civil para la democracia controlada, volvió a aparecer el mismo candidato de entonces, Assad Bucaram. Representaba la Concentración de Fuerzas Populares, y nuevamente se vio que iba a ganar. Pero ahora ya no podía suspenderse las elecciones. Lo que han hecho ha sido anular su candidatura por medio del Tribunal Constitucional y de una Ley Electoral restrictiva: para ser candidato se ha requerido no sólo la nacionalidad ecuatoriana, ni ha bastado haber nacido en el Ecuador, ni siquiera que los padres del candidato hubieran de tener nacionalidad ecuatoriana: se ha exigido que los padres del candidato hubieran nacido en el Ecuador. Esta Ley sólo afectaba a Assad Bucaram, cuyos padres habían nacido en el Líbano, y por lo tanto ha quedado excluido. Cuando esto sucedió apareció un nuevo candidato de la Concentración: el abogado de treinta y siete años Jaime Roldós, que es sobrino de Bucaram. Y que a todas luces le representa. Por lo tanto, cuando se creía que la elección había de decidirse entre el candidato conservador Sixto Durán y el liberal Clemente Huerta, ambos aceptados por los

militares, Jaime Roldós ha ocupado el primer puesto en el escrutinio con 437.238 votos sobre los 320.000 de Durán y los 306.599 de Huerta. Pero la Ley tiene aún una defensa: la mayoría del 32 por 100 no es suficiente y será preciso un segundo turno. Este segundo turno está previsto para septiembre y en el intervalo puede pasar de todo. Ya al día siguiente de las elecciones, el 18 de julio, hubo disparos contra la residencia de Jaime Roldós. Por el momento se está preparando una alianza electoral: Huertas, tercero en la elección, se retiraría de la lista y daría sus votos en el segundo turno a Durán. Aunque se maneja la posibilidad de que se haga a la inversa, en vista de que Huerta está menos a la derecha que Durán. Roldós a su vez podría beneficiarse de la retirada de la izquierda democrática de Rodrigo Borjas, que ha tenido en estas elecciones el 12 por 100 de los votos. Todo ello no hace ver aún claramente los resultados de las elecciones de septiembre. Pero puede asegurarse que la Junta Militar hará todo lo posible por evitar que triunfe la izquierda. Y lo posible para una Junta Militar en Latinoamérica, a pesar de las condiciones actuales, es siempre mucho. ■